

6. Túnez. Después de las primaveras

Vuelvo a un país que se ha vuelto democrático. He hecho un salto en el tiempo de poco más de dos años y llego a otro lugar. Aunque no lo tengo demasiado claro. Quizá llego a la tierra de siempre pero sin las fotografías murales del gran líder y posterior patético dictador deportado con traición por los suyos. Las grandes imágenes ya no están. Las han quitado todas. Solo queda el imponente edificio de su partido al centro de Túnez, la sede central de su herramienta de poder, aquella en la que realmente quien mandaba era...su mujer. No puedo dejar de pensar en cómo algunas consortes tuvieron una influencia caudal en la vida de los correspondientes dictadores. Los más hediondos y sanguinarios siempre tenían una mujer al lado que los condicionaba y los influía. Con la perspectiva del tiempo, todos estos criminales que decidían sobre las vidas de millones de personas de forma irracional y brutal eran unos falderos con complejos domésticos de todo tipo. Mirad la historia llena de estos patéticos criminales.

El bloque de cemento y cristal obscuro en medio de otras edificaciones menores resalta sobre las más modestas y decrepitas que lo envuelven. Destaca cómo los gritos dentro de una biblioteca.

- ¿Qué haréis de este edificio, ahora?
- Lo están pensando. Quizá un centro de cultura.
- ¡Yo lo derruiría!
- ¿Pero qué dices? De ninguna forma. Lo aprovecharemos para alguna otra cosa. Lo pagamos con el dinero que nos robó a todos. La torre de cristal y cemento ahora es del pueblo.
- ¡Ah! Del pueblo...

Las charlas de la gente con quién me encuentro han cambiado. Tienen un discurso bien diferente. Jóvenes y grandes, formados y analfabetos. Libertad en la boca.

- Ahora se puede votar, ahora ya se puede decidir. Hemos encontrado la libertad, finalmente.

¿La libertad, cómo es? ¿Quién es libre? Los tunecinos se sienten libres, están orgullosos de su libertad. Mucho me temo que vendrá la decepción demasiado pronto. La falta idealiza la carencia. Cuando se tiene lo que se anhela, en el caso de un pueblo liberado, rápidamente se percibe que hay

una clase política (nueva o repintada) que se ocupa de empezar a matizar y a condicionar. Las elecciones y luego el sistema judicial ya van poniendo los baches a los ciudadanos. Se inventan un complicado sistema judicial a medida y luego salen con aquel mantra que tan bien va a los poderes fácticos y a sus elementos visibles:

- Las sentencias judiciales se tienen que respetar.
- ¡Sin respeto a la justicia no hay libertad!
- Democracia y libertad con la constitución. Se puede hacer todo en democracia. ¡Todo!
- Pero hay que respetar las leyes. Este es el límite para todos los ciudadanos. En caso contrario no se podría gobernar esta tierra. Hay que tener unos códigos, unos reglamentos, unas normas.
- ¿Quieres decir una casta limitando al pueblo, verdad?
- ¿Cómo dices?

Inventadas unas normas *ad hoc*, adaptadas y magulladas por los condicionantes de quien tiene el poder, del momento, de un estado de ánimo colectivo y de la supremacía de quienes tienen los resortes y la información para imponer las normas que les convienen. La casta. Las castas encastadas con el poder. Las depositarias de las esencias.

- ¡Hasta aquí podíamos llegar!
- ¡Esto no se ha hecho nunca!
- El orden es más importante que la libertad.
- La política y la justicia. Y sobre todo la justicia, que es suprema e inapelable.
- ¿Quién es la justicia? ¿Una desea superior e infalible?
- ¡No! Son unos cuantos ciudadanos que han tomado este poder la mañana siguiente a que Montesquieu escribiese las bases sociales modernas. Los mismos que escribieron los reglamentos (a medida) los aplican según su conveniencia. Jueces y parte. Son su parte, defienden el *statu quo* de un colectivo más amplio. La puta casta que ha controlado el mundo.

Y luego, todos a seguirlos. Tenemos democracia. Perdonad, la tienen tutelada por un estamento judicial que encaja con un poder corrupto y dictatorial que hasta anteayer mandaba. Todo el sistema político, toda la estructura de gobierno, están condicionados por este hecho central. Aunque

ganen las elecciones las fuerzas opositoras. No importa. Hay un esqueleto viejo pero fuerte que lo condiciona todo. Que manda por detrás, que se resiste a dejar libre una sociedad. Como aquel árbol que quiere crecer pero las hierbas que se empujan lo asfixian desde las raíces a la rama más alta. ¿Les suena? ¿Han visto árboles de ciudadanos asfixiados por estas hidras en sus tierras?

Túnez tiene el mérito de ser el primer país que hizo una revuelta a favor contra el poder de los sátrapas magrebíes que gobernaban y de ser un país con el grado de laicismo más alto de los que lo rodean. Aunque el primer gobierno después de las elecciones libres es una coalición, sobre todo, de islamistas. ¿Ningún problema, no?

Preguntémonos qué es lo mejor: unos continuistas de la dictadura o unos rupturistas... ¿En apariencia? Al fin y al cabo, la misma distancia, los mismos coches oficiales relucientes: la distancia del poder. Aunque aquí, físicamente, es más próximo porque todo es pequeño y accesible. Un laboratorio social a escala humana, alcanzable. Los que no somos de esta tierra, pero somos del mundo y los amamos y respetamos de verdad, tenemos que asumir que tienen que hacer su propia revolución social. Incluso con algún ajeteo. Quizá el islamismo radical es un peligro para el mundo. También el totalitarismo de Europa fue un desastre para el mundo, como el ancestral imperialismo yanqui. Doloroso, pero hemos tenido que sufrirlo para saber que no es el camino. Los seres humanos queremos probar, experimentar. Y a veces, demasiadas, fallamos como colectivo. Y nos hacemos daño.

Si no lo intentan, no lo sabrán nunca. Tienen que tener toda la perspectiva. Y los occidentales, una vez más, tenemos que dejar hacer.

Tras haber atravesado los límites de la ciudad, el coche me lleva por el trayecto miserable y en obras infinitas e indeterminadas hacia las zonas industriales donde tengo que trabajar. Se agradece de verdad que los grandes carteles con la fotografía del decrepito de pelos teñidos con la mano en el corazón o saludando a la lejanía ya no estén. Han hecho una labor inmensa para sacarlos. En España estuvieron treinta años en sacar los monumentos de su sátrapa propio. Aquí, con pocos meses han hecho limpio. Y ciertamente es una mejora estética. Me repele el culto a la

personalidad. Sea quien sea. Pienso en ello una y otra vez. Y si este es un culto obligado, la repugnancia llega a urticaria.

En la formalidad, no encuentro muchas diferencias en esta sociedad. Quizá la gente parezca más alegre, más satisfecha con la situación actual, dispuesta a asumir el protagonismo que les han dicho da la democracia al pueblo. Todo el mundo tiene más ganas de charlar de todo. Más desorden ambiental, más movimientos de personas por todas partes, menos miedo y menos hombros caídos. El orgullo de ser persona. Quien lo pierde alguna vez, seguro que lo fruye potentemente.

- Tenemos que aprender a vivir en democracia. No nos han enseñado qué quiere decir esto. Tenemos que aprenderlo para evitar volver a perder lo que empezamos a ganar.

Dicho por un joven universitario, formado y con ilusión por su futuro y orgulloso de su país, me llega como una revelación y un recuerdo de tiempos fundacionales de la democracia de mi tierra. No pedo estarme de pensar.

- ¡Qué mierda! ¡Sus sueños serán frustraciones en unos años!

Como en todas partes, creer en la libertad, en la democracia, en la evolución de una sociedad después de un período de tiranía sabiendo que las clases y las castas políticas se encargarán de estropear esta lícita ambición me entristece y me distrae mientras encaro, una vez más, la avenida Bourguiba. Su héroe. Aquel hombre de mirada viva en un cuerpo pequeño que han asumido como su padre, como un monarca sin corona, como un semi-dios de la tierra. ¿Les suena?

Al atardecer, llego a mi base. El hotel. Como siempre que puedo, al centro, al medio, donde pasen tantas personas como sea posible y donde quizá ocurra algo. El Hotel África es el edificio que predomina en la ciudad de Túnez. La mayoría de los extranjeros blancos, africanos de colores más oscuros y árabes con posibilidades venimos aquí. Nada del otro mundo como hotel, pero es depositario de una tradición y unas costumbres. Los que venimos de fuera con un rol, pasamos por allí.

- As-Salamu Alaikum
- Alaikum As-Salamu
- ¡Contento de tenerlo aquí de nuevo! Bienvenido.

Es la tarde calurosa que declina hacia las montañas que cubren parte de la ciudad que no está al lado de la mar. Me instalo al hotel. Pierdo el tiempo a la habitación, mirando por la ventana, observando una ciudad viva y llena de actividad. Oscurece. Las nueve de la noche. Me voy a cenar.

- ¡Hola! ¡Eh Sayyid! ¿Dónde va? ¿Dónde va?
- Voy a cenar. ¿Dónde me recomiendas ir a cenar un *cous-cous* de pescado?
- Tendrá que quedarse al hotel. No pasa nada, todo está muy tranquilo y controlado, en orden, seguro, la policía lo tiene todo bajo control, no hay peligro, no se preocupe, usted tranquilo, tenemos seguridad en Túnez, pero tiene que quedarse al hotel.
- ¿Por qué?
- Hay toque de queda.
- ¿Toque de queda?
- Parece que unos salafistas están enfadados por unas pinturas ofensivas con el profeta y quieren salir a protestar. Nada importante, pero el gobierno ha decretado el toque. Es preventivo. Quédese en el hotel. No puede salir de ninguna forma. Pero esté tranquilo, no pasa nada.

Ceno al hotel, veo el futbol un día de campeonato europeo o mundial, son las diez de la noche y consigo distraer dos guardias de la puerta. Ya estoy en la avenida Habib Bourgiba, entre el hotel y el ministerio del interior. La ciudad desierta, las calles sin un alma, algunas vías con vallas para evitar la circulación. A cada lado del centro policial vallas y alambre de espino. Todo controlado. Al fondo, unos jóvenes policías con pasamontañas y chalecos antibalas al calor africano de un anochecer sereno. Me hacen señas para que vuelva al hotel. Han visto que no tengo aspecto de radical islamista y solo soy un forastero fumador. Los policías que salen cuando hay problemas de verdad suelen conocer mejor su oficio que los pobres “flics” que corren por las calles sin historia. A veces son más peligrosos estos que los que tengo delante. Nunca se sabe.

- *Vous devez aller à l'hôtel ! Vite si vous plait ! Vite. Allez! Allez !*
- *Il y a couvre-feu. Qu'est ce que vous faites ici ?*

Esta es mi gran aventura de peligros y riesgos en la primera noche de toque de queda de mi vida. Serán un par más y lo saltaré el último día para ir al aeropuerto a primera hora, cuando todo el mundo está confinado.

Peligro...qué queréis que os diga. Aunque no hubiese salido con mi familia a pasear por la noche de Túnez. Las aventuras tienen que ser decisiones individuales.

Al otro lado de la ciudad, corredizas, barbudos heridos, policías heridos, detenidos, desorden. Cuando los llevan a las mazmorras del ministerio, ya los tienen aplacados. Yo estoy en mi habitación con conexión a Internet y al bloque de delante unos pobres desgraciados curan el alma en mazmorras. Las que construyó Ben Ali cuando era el policía jefe de Bourguiba aún sirven. Nada tras las vallas y las vallas.

La aventura y el riesgo, normalmente, se magnifican. Por dos razones principales. Quien las cuenta en primera persona siempre tiene una tendencia a la épica (o sea, a la hipérbole) Y a quienes viven las aventuras de los conocidos desde casa se les presentan amplificadas por la falta de información detallada. Por lo tanto, los vacíos los llenan con imágenes imaginarias, tomadas a veces de las películas donde los héroes son de plástico y acero inoxidable y nada apesta, ni está sucio y sin barrer. La realidad, incluso la peligrosa, es mucho más normal de lo que puede parecer por fuera y, por descontado, de lejos. Falta estética siempre. Y cuando el riesgo se vuelve peligro inminente, la angustia y la búsqueda de la supervivencia nublan el pensamiento y hacen centrarte solo en los factores vitales. El miedo atura a los humanos porque no estamos acostumbrados al peligro. Se para el crecimiento de uñas y pelo, todo enfocado a darle al físico humano las máximas opciones de sobrevivir. Economía de la energía vital disponible. Pero el aburguesamiento nos ha anulado esta condición. Es como las crisis económicas. ¿Qué hacemos? Atemorizarnos y bloquearnos. Somos burgueses acomodados.

A parte del toque de queda, ubicado a la categoría de las anécdotas que ocurren a los lugares donde estoy de forma casual, las cosas importantes para ver y conocer son las personas. Encuentro muchas, esta vez. Son días de gran intensidad sociológica. Todo el mundo es diferente. Todos diferimos los unos de los otros pero, en el fondo, todos ocupamos un patrón básico donde nos podemos ubicar. Aquí encontré algunos.

Un “cherif” en árabe vendría a significar el honesto o bien el ilustre. Conozco un personaje típico que utiliza este nombre. La conversa que tengo con él es básicamente de trabajo y economía. Tensa. Me debe dinero. Trato de espantarlo. Lo consigo. Al final se abre con tono conciliador.

- ¡No me faltes al respeto! ¡No me presiones delante de mis empleados! Los musulmanes somos muy sensibles a estas cosas.
- ¡No utilices la religión como excusa! No tiene nada que ver con esto que estamos hablando
- Me has dicho *pilleur*. ¡Eres un bandido!
- ¡Paga!
- ¿Sabes cuál es el problema de fondo? Todos los emprendedores de Túnez echamos de menos los tiempos de antes. Sí, los tiempos de la dictadura. ¡La libertad política lo ha echado todo a perder! ¡Los tiempos pasados eran mejores para mí!

Jóvenes ibéricos de toda condición. A los años setenta y ochenta del siglo pasado, quien decía eso era legión. Un tópico.

- ¡Con Franco vivíamos mejor!

Cubrir las incapacidades buscando enemigos en el presente o al exterior. Una u otra. O ambas. Cuando conté esta pequeña historia vivida entre otros musulmanes del país, más elevados de pensamientos y reflexiones, se estremecieron. Yo no.

Con el gran amigo que tengo por aquí la conversación va hacia la constatación de que, en el momento de las revueltas, la mayoría se queda en casa a esperar acontecimientos. Cuando le cuento mi admiración por ser un país que se ha rebelado contra la tiranía en lugar de esperar hechos biológicos, me mira de arriba abajo y me dice:

- Ha habido una revolución, es cierto, pero me quedé en casa.

Por los que no están acostumbrados a estar por estas tierras y están excesivamente influenciados por los tópicos de los medios de comunicación: la mayoría –de los conocidos –son mucho más islámicos que los católicos del presente pero son gente moderada y equilibrada. Hay decenas de pensadores –desconocidos fuera del ámbito árabe –que disertan sobre el entendimiento, sobre el Islam sin sumisión, sobre la comprensión

mutua y el intercambio. Pero un eructo o un pedo siempre hacen más ruido que un beso. No es nada más que eso.

El diálogo sobre qué hacía cada cual el día de las respectivas revoluciones o golpes de estado (o sea, escondernos y esperar) se da comiendo en uno de los restaurantes más tradicionales de la ciudad. Gran edificio y mejor comida magrebí y tunecina. Está delante del edificio del primer ministro y cerca de la medina. Tradición y militarización.

Fue allí donde después de salir vi un pre-muerto. Y es la segunda vez que veo uno. Una persona se está muriendo en la calle. Solo entre la multitud indiferente. Todo el mundo pasa de largo. Alguien se para y se lo mira con cara de asco y sigue su camino. La mayoría pasa con indiferencia y cambiando de acera para pasar lejos. Es un hombre no muy grande, quizá de unos sesenta años. Seco, sucio, dejado, la ropa hecha harapos. La piel rojiza por las quemaduras del sol y supuraciones por todo el cuerpo. Despeinado, con los ojos cerrados y estirado al medio del sol de las tres de la tarde. Murmurando, casi sin voz.

- ¡Tenemos que hacer algo!
- ¿Tenemos que hacer algo?
- Hace horas que está aquí, lo han llevado al hospital, ha insultado a todo el mundo y ha vuelto aquí. Creemos que quiere morir.
- ¿Y lo dejaremos aquí? ¿Lo abandonaremos? Voy a ver a aquellos policías que están a la sombra.
- ¡Han visto aquel hombre está al suelo, al medio del sol!
- ¿Y qué? ¡Hemos llamado una ambulancia y no quiere ayuda!
- ¿Y su fuese tu padre?
- Yo qué quiera que le haga. No podemos hacer nada. Si quiere morir es su problema.

Y con aquella cara de asco que acostumbran muchos servidores públicos de todas partes me despachó. Veo que mi amigo tunecino me mira atónito.

- ¡En tiempos del dictador te hubiese costado una detención! ¿Cómo has hecho esto? ¿Cómo hablas así a un policía?
- ¿Pero tú has visto aquel hombre? Está agonizando y ellos aquí, a la sombra.
- Te han dicho que quiere morir, que rehúsa la ayuda. ¡Venga, vamos!

Lo más triste de todo es que todo este escenario me engulló. Tras unos minutos de discusión ciudadana con transeúntes y los policías desganados, tras mirarlo, de ir y venir, de ver sus nafras y ampollas por su piel, el sol quemándole bajo el poco pelo de su cabeza, el cuello arrugado y dolorosamente enrojecido, hice lo que todo el mundo. Me fui. Cierro los ojos y veo aquel hombrecito hacho un harapo estirado al suelo, sin otra opción que morir en medio de la multitud. ¿Quería morir? En aquel momento creía que quería morir. Seguro que ahora, que está muerto, no puede arrepentirse de su decisión. Quizá había perdido la cabeza por un momento o para siempre. Ninguno de nosotros hizo nada. ¿En qué nos hemos vuelto todos nosotros?

Apurando las últimas horas a la ciudad, pienso firmemente que en este momento de la historia, y las palabras escritas quedan fijadas para siempre y para ser leídas en momentos posteriores, hay que dejar hacer a los países de creencia islámica los procesos políticos que crean más oportunos, los actores que ellos elijan con acierto o no. Los partidos de creencia u obediencia islámica tienen que pasar por el filtro democrático a su forma, no a la de occidente. Poco a poco su sistema político tendrá que derivar hacia formas de máxima libertad y libre elección. No puede ocurrir otra cosa. No se puede hacer ningún otro camino. Hay que permitir que la religión meta la nariz en política. Es lo que quieren quienes votan las nuevas clases dirigentes. Tras haber experimentado, podrán valorar (ellos y ellas) si era el camino correcto. Error y acierto. Una vez tras otra. Europa y el resto de occidente se han ido haciendo así. Se darán cuenta de que aquel momento prometido por decenas de años como alternativa a lo que han tenido hasta ahora en forma de colonialismo y totalitarismo tiene los mismos defectos y fallos que todos los otros: el egoísmo y la ambición, los cuales pueden ser empeorados por la incapacidad de quien ostenta el poder en un momento de la historia ¿Es la libertad, no?

Lo pienso desde el más profundo laicismo que en mi corazón cabe. Y para los escépticos y dudosos, temerosos por desconocimiento sobre todo, les llevo hacia la visión de los religiosos ortodoxos griegos que acaparan las tomas de posesión de los gobernantes de Grecia contemporáneos, sus homónimos que ya vuelven a pasear por el Kremlin los días importantes, por las cruces que presidan los nombramientos de los ministros de Madrid, por los agradecimientos a Dios de los políticos americanos en todo

momento y por el sinfín de políticos europeos que van al Vaticano con la esposa vestida de negro riguroso por cuatro minutos de recepción del Papa.

- ¿No habíamos quedado en que Dios era Allah y viceversa?

No creo en ninguno de los dos, creo que son altamente nocivos para las sociedades y para su desarrollo en todas sus facetas. Pero yo no soy nadie para combatir lo que cree y piensa otro. Sea lo que sea.

(Este capítulo lo pensé esperando al aeropuerto el vuelo para volver, en uno de aquellas miles de veces en que tienes la convicción de que el tiempo se escapa inútilmente de las manos mientras todo cambia poco, muy poco).